

INTRODUCCIÓN



Como muchas trabajadoras sociales formadas en pleno auge del movimiento de reconceptualización del Trabajo Social latinoamericano, a mediados de la década de los 70 me encontraba con un título en la mano, muchas expectativas frustradas y un montón de preguntas. Había que empezar de nuevo. Esta vez, como docente universitario y como estudiante de posgrado tuve la oportunidad de retomar las preguntas pendientes para formularlas, de manera tal de empezar a buscar las respuestas. Como para muchos otros colegas mi preocupación central, en ese momento, era definir qué es trabajo social, cuál es la “razón de ser” de esta práctica profesional. Empecé a buscar las respuestas a través del análisis de la experiencia del movimiento de reconceptualización y una conclusión importante de este trabajo fue el registrar que las preguntas no eran las adecuadas. Indagar acerca de la razón de ser de Trabajo Social no remite directamente a la definición o a los métodos para encontrar un concepto que designe al campo o una estrategia metodológica que oriente la práctica profesional, sino que implica indagar acerca de la ESPECIFICIDAD de Trabajo Social como práctica profesional. Esto es, indagar desde una perspectiva que incluya la totalidad de elementos que constituyen a Trabajo Social como un CAMPO PROFESIONAL, es decir, un saber y un hacer especializado que no se reduce a sus definiciones, ni a sus métodos. Desde esta perspectiva, en la línea de estudio de la Sociología de las Profesiones, se reformulan las preguntas iniciales y surgen así otros caminos para buscar las respuestas.

De esta manera, la preocupación por la especificidad profesional se va estructurando como una línea de investigación que inicia con la indagación epistemológica, con el objeto de reconstruir el proceso de conformación del campo profesional para identificar tres cuestiones básicas:

- ¿cuál es la lógica de constitución de Trabajo Social como campo profesional?
- ¿cuáles son los elementos constitutivos de la especificidad profesional? y
- ¿cuáles son los componentes y la lógica de construcción del saber y del hacer especializado?

Los primeros resultados de esta línea de investigación constan en el texto *La especificidad de Trabajo Social* publicado por la Escuela Nacional de Trabajo Social de la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1986.

En este trabajo, los “eternos problemas” de la profesión son reformulados como tales, al inscribirse en la compleja trama de elementos e interacciones que resulta la estructura del campo profesional. Muchos de estos problemas adquieren el carácter de síntomas de los problemas estructurales de Trabajo Social:

Trabajo Social, como toda profesión, tiene su razón de ser en la existencia de una demanda social que plantea como necesaria la intervención de una práctica especializada en determinado tipo de problemas; en este caso, Trabajo Social se constituye en profesión para intervenir en el efecto que tienen las contradicciones estructurales de la sociedad, en las condiciones de vida de las clases subalternas. Y la especificidad de esta intervención consiste en la intermediación a través de la cual, Trabajo Social establece el vínculo entre los recursos y satisfactores y las necesidades y carencias, involucrados en cada intervención.

Pero, de la indagación epistemológica resulta que, Trabajo Social se constituye en profesión sin cumplir el requisito básico de estructurar su autonomía, en base a una Teoría de la Intervención, que al dar cuenta del campo profesional, de su objeto de intervención y de las formas propias de intervenir en dicho objeto, aporte el cuerpo de conocimientos que conformen el saber especializado y que orienten el ejercicio profesional.

En lugar de esta teoría, el saber especializado consiste en un conjunto de “metodologías” autónomas de los problemas que atiende un profesional y al margen también de los objetivos particulares que tiene cada

intervención; y en un marco de referencia conceptual, que constituye un “préstamo” de diferentes disciplinas y que no presenta ninguna articulación orgánica con las metodologías. Ciertamente existe un discurso teórico que conceptualiza e interpreta los fenómenos sociales, y en el interior del campo este discurso representa un avance importante en las formas de indagar e interpretar “lo social”; pero esto no se revierte en un avance significativo en el desarrollo de la especificidad profesional, en tanto no se integra en un esfuerzo por sistematizar y teorizar las experiencias concretas de intervención, para dilucidar cómo se conceptualizan los diversos problemas que demandan la intervención de un trabajador social y para avanzar en el planteamiento de cómo se han resuelto, modificado o tratado dichos problemas, a partir de la aplicación de determinadas formas de intervención.

Esta significa que no hay una acumulación que permita desarrollar el cuerpo teórico y metodológico del saber especializado, a fin de superar la dicotomía existente entre: el discurso teórico que explica la realidad social; el discurso ideológico que indica el signo de las opciones en el juego de intereses que están presentes en la intervención profesional y la práctica profesional atrapada en el sentido común, benévolutamente llamado “hiper-empirismo”.

Con esta carencia, Trabajo Social no logra conformarse en una práctica especializada respaldada en una disciplina científica (en este caso, la teoría de la intervención); y por lo tanto no logra establecer con precisión la diferencia sustancial entre una práctica profesional y una no profesional, que es la de superar el sentido común como marco de referencia de la intervención en la realidad. Este “mal de origen” es el que propicia que la especificidad de Trabajo Social se diluya en un conjunto de procedimientos administrativos y burocráticos, que no requieren de una mayor calificación, perdiendo así la capacidad de intervenir en forma especializada y por tanto perdiendo espacio y status respecto a otras prácticas profesionales, con las que comparte el espacio laboral: es decir, perdiendo competitividad en el mercado de trabajo.

De acuerdo a estos argumentos, en el primer trabajo se define a la profesión, desde un punto de vista epistemológico, diciendo que Trabajo Social es un sentido común ilustrado, porque como una práctica especializada carece justamente de lo que fundamenta a toda especialización: una teoría, y decía que esta ambigüedad estructural, (ser y no ser) es un elemento inherente a su especificidad. Definido así el problema

fundamental del campo, apuntaba que la tarea de investigación que aporte a la producción de una teoría de la intervención era la tarea fundamental que debía promover el gremio profesional, para avanzar en el desarrollo de la especificidad de Trabajo Social y con ello lograr una mayor profesionalización en el quehacer de los trabajadores sociales.

Dichos resultados fueron criticados por no plantear una “solución” para los “problemas” del gremio. Y ciertamente, en dicho texto, no había nada parecido a lo que la mayoría del gremio entiende como tal: no se planteaba una definición que estableciera qué debía ser Trabajo Social; no se “tomaba partido” acerca del signo ideológico que debía tener la intermediación de los intereses que se juegan en las relaciones sociales involucradas en la intervención profesional; y por último tampoco se presentaba una propuesta metodológica o un modelo de intervención. Estas “ausencias” encuentran explicación en los objetivos que orientaron el trabajo: lograr una aproximación en la reconstrucción epistemológica del campo profesional, descartando de entrada las declaraciones de principio o la formulación de un nuevo deber ser.

En el texto mencionado se plantea un punto de vista acerca de cuales son los problemas fundamentales del campo profesional y se propone una estructura conceptual del campo, como herramienta analítica para proseguir investigando acerca de la especificidad de Trabajo Social. Esa era la propuesta que presentaba el trabajo, de acuerdo al grado de desarrollo obtenido hasta ese momento; posiblemente constituía una propuesta algo “heterodoxa” porque más que proponer un camino estructurado, convocaba a estructurarlo.

En esta publicación presento los avances obtenidos en la línea de investigación, a partir del desarrollo de la experiencia de cambio curricular, llevada a cabo en la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Autónoma de Sonora (México-Hermosillo); experiencia a la cual me incorporé en 1987. El trabajo en los talleres, seminarios y cursos organizados en las diferentes etapas del proyecto en cuestión, así como la interacción con los equipos de investigación y de diseño curricular y con la Academia de la planta docente permitieron desarrollar la conceptualización acerca de la estructura del campo profesional e indagar sistemáticamente en los problemas curriculares que se derivan de las características de la especificidad de Trabajo Social.

Como producto de este esfuerzo colectivo quedan hoy estructurados

dos caminos posibles por donde avanzar en el desarrollo de la especificidad profesional:

- Una línea de trabajo que articula la investigación básica o teórica, la investigación empírica y la investigación experimental o aplicada. Este aspecto, que se desarrolla ampliamente en la primera parte del presente libro, pretende convocar al sector de los académicos y al de los profesionales en ejercicio, a sumarse a los esfuerzos en marcha por crear y consolidar los espacios para la producción del saber especializado y para la formación de los productores de conocimientos.
- Un diseño curricular que conceptualizado como un Proyecto Académico Integral, se organiza como una estrategia que a corto, mediano y largo plazo, permita atender los problemas estructurales de Trabajo Social; a la vez que forma un profesional calificado con una capacidad analítica adecuada para comprender los fenómenos y procesos sociales involucrados en las áreas de intervención que conforman el campo profesional y con una capacidad de planificación e intervención especializada que supera la inserción de carácter operativo y auxiliar. La presentación de este proyecto se encuentra en el apartado “Especificidad, Saber y Currículum: El Modelo Sonora”.

En este sentido, quisiera hacer explícito algo que subyace permanentemente en las “entrelíneas” del texto y que es parte de la concepción que orienta el trabajo. La línea de investigación de la cual se desprenden los argumentos y las propuestas de trabajo aquí vertidos, constituyen PRODUCTOS de lo que entiendo es una LÍNEA DE CONSTRUCCIÓN, cuyo objetivo fundamental es promover el desarrollo de la especificidad profesional. Como tal se inscribe en una línea que presenta posibilidades y obstáculos. Sus posibilidades radican en la capacidad heurística de las herramientas analíticas construidas hasta el momento, es decir, en la capacidad de plantear preguntas que configuren un campo de problemas y en la capacidad de atenderlos por parte, sin perder la visión de la totalidad del campo. Sus posibilidades dependen también del “poder de convocatoria” que tengan sus argumentos y sus propuestas para crear una corriente de pensamiento con capacidad de establecer un espacio de

trabajo intelectual, es decir, un espacio que promueva la reflexión, el estudio y la producción, capaz de socializar sus productos y abrir el debate que los retroalimente y, que además, estos productos tengan un impacto directo en el ejercicio profesional.

Por otra parte, creo que los obstáculos de esta línea de investigación, entendida como línea de construcción, son de dos tipos: obstáculos internos del gremio y obstáculos externos que refieren al contexto social. Entre los primeros, considero que el fundamental radica en la tradición empirista que caracteriza a un gran porcentaje de trabajadores sociales. En el extremo negativo de esta tradición, el estudio y la producción intelectual se confunden con “la elucubración encerrada en el cubículo” y la teoría se concibe como un “artículo suntuario” y del cual se puede prescindir, aun se pertenezca al sector de los académicos. Otra vertiente de la tradición empirista del gremio se expresa en prácticas que tienen un origen, que de alguna manera podemos caracterizar como “naturalmente espontáneo”, en tanto nacen en el círculo vicioso que atrapa a los profesionales en ejercicio en la necesidad de responder permanentemente a una demanda interminable que refiere a situaciones tan diversas como conseguir una ambulancia, hacer un informe burocrático, organizar damnificados, o atender situaciones límites de individuos o grupos. Esta tradición es la que ha favorecido el estancamiento de la profesión en el sentido común y el apego a las salidas rápidas y a las “recetas milagrosas” que crean “modas”, que al mostrar su inconsistencia, promueven un escepticismo generalizado frente a una posible innovación y el rechazo al estudio y a la actualización.

Otro obstáculo interno deriva de la misma especificidad de Trabajo Social como “profesión de la crisis”, según la caracterización de Estruch y Guell. Supuestamente las crisis son situaciones coyunturales que encuentran algún tipo de resolución, cuando se recomponen los elementos que las configuraron; por lo tanto las crisis demandan un tipo de intervención inmediata que plantee, al menos, la posibilidad de la recomposición: un golpe militar, una convocatoria a elecciones, la conformación de un mercado común, la implantación de un “paquete” de medidas económicas, etc.

Ahora bien, el hecho de que Trabajo Social intervenga en los síntomas más agudos, es decir permanentes, de las contradicciones estructurales de la sociedad genera, lo que podríamos llamar, el

“fetichismo” de la crisis. Trabajo Social interviene en los síntomas reiterados como condiciones adversas de vida que la organización social vigente impone a determinados sectores sociales; entonces, la especificidad de Trabajo Social es justamente intervenir en las situaciones críticas, que por supuesto se agudizan en los momentos en que el modelo económico, político o las condiciones de reproducción social y cultural, sufren algún tipo de agotamiento o disfunción. El intervenir en las situaciones críticas genera que los profesionales en ejercicio queden atrapados en la “urgencia” permanente de una intervención, como respuesta inmediata, y el sector académico del gremio fije como “prioridad” el entender la crisis, lo “social” externo, que demanda la intervención del trabajador social, a fin de poder plantear alternativas metodológicas adecuadas a la coyuntura.

Planteo que el “fetichismo de la crisis” es un obstáculo para el desarrollo de la especificidad profesional, porque la “urgencia” de dar respuestas inmediatas no permite pensar en los problemas estructurales de Trabajo Social y mucho menos aún, pensar como posible, aunque sí se reconozca como necesario, el desarrollar estrategias internas del gremio que promuevan la acumulación teórica y metodológica, que a mediano y a largo plazo colabore a constituir un saber y un hacer, que establezca con precisión el tipo de especialización desde el cual se interviene en las situaciones críticas. Un saber que contenga el tratamiento teórico (genérico y abstracto) del objeto de intervención de Trabajo Social: qué son las necesidades, las carencias, la conciencia y los recursos, como dimensiones de fenómenos sociales factibles de ser modificados por una intervención especializada; un saber que discrimine teórica y metodológicamente, formas de intervención para la atención individual, grupal o comunitaria en acciones preventivas, organizativas, educativas y de atención directa o tratamiento especializado, en las diferentes áreas de intervención que competen a Trabajo Social: salud, vivienda, trabajo, educación, recreación, etc.

En América Latina, Trabajo Social se legitima como una práctica profesional en la década de los 20, al crearse las primeras escuelas para la formación profesional. De ahí en más no ha habido situación social que no tenga mayor o menor impacto en diferentes sectores del gremio y sin embargo existen problemas que todavía siguen planteados como tales y que aluden, a través de la pertinencia o no de las “metodologías”, a la ambigüedad de la especificidad de Trabajo Social. Con esto quiero

decir que no desconozco en absoluto el peso de las crisis sucesivas que viven los países latinoamericanos, pero sí quiero llamar la atención sobre el carácter relativo de las “urgencias” que dichas crisis imponen al gremio profesional. En mi concepto la verdadera urgencia es resolver el problema de la ambigüedad de Trabajo Social, es decir, resolver el problema de la progresiva pérdida de especialización del ejercicio profesional, a fin de ofrecer un servicio profesional que repercuta en el mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores sociales involucrados en nuestra intervención y recuperar así competitividad en los espacios laborales y en el mercado de trabajo.

Relacionado con lo anterior, se estructuran los obstáculos externos al gremio, que dificultan el desarrollo de la especificidad profesional. En todos los países latinoamericanos existen hoy condiciones realmente adversas para el trabajo intelectual asalariado (tanto profesional como científico) que se suman a los obstáculos culturales e históricos, que han impedido un desarrollo científico y tecnológico, y por ende de las profesiones, adecuado y competitivo no sólo con los parámetros internacionales, sino también relativamente autónomo e inscripto en parámetros que reflejen y atiendan las necesidades de una calidad de vida digna. Estas condiciones adversas remiten directamente al signo de la restricción imperante en todos los órdenes y que convencionalmente todos designamos, a esta altura, como “modelo neoliberal”: escasez de plazas, restricción de presupuestos, salarios de hambre, nulo reconocimiento al trabajo y pérdida de status, aumento en los requisitos curriculares y en los parámetros de la eficiencia y de la productividad. Condiciones que orillan a un gran número de profesionales, a dispersar sus esfuerzos en una carrera cada vez más alienante, por la subsistencia diaria.

Frente a la magnitud de los obstáculos “epistemológicos” (inherentes a la ambigüedad estructural de la profesión); de los obstáculos culturales (inherentes a la identidad y a la tradición gremial) y de las condiciones adversas (inherentes al contexto en que se desarrolla el trabajo intelectual asalariado), no podemos apelar al voluntarismo, ni resguardar en el sectarismo los pequeños “feudos”-conseguidos, sino que, por el contrario, considero que UNA forma de atacar dichos obstáculos es promover el desarrollo de lo que reconocemos como posibilidades: promover acciones coordinadas interinstitucionales, de los sectores académicos y de los profesionales en ejercicio, para sumar así

recursos, humanos y materiales, que aporten a centrar esfuerzos en una dirección, orientados por planes de trabajo, que resguarden el contenido de la tarea y la esencia del oficio.

Finalmente quiero agradecer a Hilda Benitez de Lebrun y a Amelia I. de Blanco el haberme invitado a participar en el proceso de cambio curricular, que impulsaron en la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Sonora y a todas las compañeras de la planta docente de esta institución, que asumieron la responsabilidad de crear un espacio de debate, reflexión y producción, aun en condiciones adversas. Y agradezco también el apoyo prestado al proyecto por la Unidad de Intercambio Académico y por el Instituto de Investigaciones en Matemáticas Aplicadas y Sistemas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Un sincero reconocimiento para Sela Sierra y Osvaldo Dubini por el interés de publicar este trabajo y por su tarea editorial, que ha colaborado a la socialización y difusión de diferentes experiencias del gremio de los trabajadores sociales.

México, noviembre de 1990.